



«Me entristece pensar que la única manera realista de salir adelante es mediante un repunte brusco de la competitividad a través de un aumento de la productividad económica»

Cinco estíos

El verano de 2007 pasará a la historia como el momento en el que comenzaron a atisbarse los primeros relámpagos, más bien fugaces, de la tormenta financiera global. Según cuentan los entendidos, los bancos comenzaron a no fiarse los unos de los otros. Los truenos se dejaron escuchar durante el verano de 2008, después de que se produjeran las primeras quiebras bancarias. El origen de relámpagos y truenos era, naturalmente, el mismo, sólo que la onda nos llegó con un cierto desfase temporal, de manera completamente predecible. Aun con éstas, en España, el verano de 2008 transcurrió sin mayores incidencias, en medio de una sensación generalizada de que la crisis nos era ajena. Durante el verano de 2009, comenzamos a darnos cuenta de la envergadura de la debacle, una vez que el efecto más temido -el desempleo- comenzara a manifestarse de manera inexorable. La tormenta descargó mucha agua en forma de morosidad creciente y colapso inmobiliario. En el verano de 2010, todavía pensábamos que la crisis se limitaría a ciertos sectores privados, sin salpicar a la Hacienda pública. Pero la persistente escalada del desempleo, la caída de la recaudación fiscal y las dudas de los mercados de deuda nos obligaron a postrarnos ante unas fuerzas superiores y a apretarnos el cinturón.

Este año, entramos en la quinta temporada estival de crisis acosados por los cuatro costados al final de un ciclo político y con pocas opciones viables. Si bien es cierto que muchas empresas han sabido reaccionar y se han esforzado por exportar más, el grueso de la economía sigue sin encontrar una senda transitable hacia la recuperación. Esta crisis se antoja cada vez más como una encrucijada. En ella nos

encontramos, titubeando sobre la dirección más adecuada, llenos de confusión, sin ideas y, sobre todo, sin haber alcanzado un mínimo consenso sobre la gravedad del reto y la necesidad de un cambio de rumbo drástico.

No conozco economía que haya podido superar una crisis como la presente sin activar, al menos, uno de los siguientes resortes: una fuerte devaluación de su moneda; un ajuste a la baja de los costes de producción; una afluencia masiva de inversión productiva procedente del exterior; la apertura de la válvula de escape demográfica, es decir, la emigración, o el descubrimiento de una nueva fuente de ingresos o de una tecnología revolucionaria. En esta economía global en la que existimos, y conociendo las debilidades de la economía española, me entristece pensar que la única manera realista de salir adelante es mediante un repunte brusco de la competitividad a través de un aumento de la productividad económica, algo que, a corto plazo, solamente resulta factible con una rebaja de los costes en general y de los salariales en particular. Espero que este verano de 2011 no transcurra sin percatarnos de que la mejor forma de frenar el declive económico a largo plazo consiste en invertir en nuestro capital humano y en construir nuevas instituciones económicas y laborales que permitan emplearlo de manera que reporte una mayor productividad económica para, de esa forma, poder superar el ajuste brutal a corto plazo que ineludiblemente hemos de abordar. El proceso va a ser conflictivo y doloroso. Espero que cinco veranos sean suficientes para vencer a una mayoría de la precariedad de la situación. Disfruten del asueto ::

MAURO F. GUILLÉN es director del Lauder Institute y catedrático de Dirección Internacional de la Empresa en la Wharton School, así como miembro del Consejo Académico de Afi Escuela de Finanzas Aplicadas.
E-mail: guillen@wharton.upenn.edu